

EL MUNDO

Jueves, 10 de agosto de 2006. Año XVIII. Número: 6.082.

UVE

ARTE / Schwerin (Alemania) / Exposición

La resurrección del Fidas de Hitler

Polémica por la recuperación de Arno Breker, creador del canon escultórico del Tercer Reich

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

No renegó jamás de sus ideales nacionalsocialistas. Vivió 90 años y Dalí dijo de él que era «el escultor más importante del siglo XX». Y Hitler le agasajó regalándole palacios. Un cóctel imposible el de Arno Breker, a quien se recuerda ahora en Alemania, con la consiguiente polémica.

i nunca ha oído hablar de Schwerin, no se preocupe. Ni siquiera el presidente estadounidense, George Bush, tuvo a bien visitar la capital de Mecklemburgo-Antepomerania cuando aceptó la visita de Angela Merkel a su patria chica. No se acercó hasta la llamada «perla de los siete lagos», una bella localidad perdida en el noreste de Alemania, en una zona sinónimo de desempleo y en los últimos años también de desmanes neonazis. Y es que pilla un poco a trasmano, a 70 kilómetros del Mar Báltico.

Pero ahora que está en boca de todos, es hora de conocerla. La razón tiene nombre y apellido: Arno Breker, escultor del que puede verse una retrospectiva en el museo local. ¿Qué tampoco ha visto nunca nada suyo? No es de extrañar, ya que el artista favorito de Hitler fue condenado al ostracismo tras la guerra.

Durante sus 90 años de vida no se distanció jamás del nazismo, al que se entregó sin escrúpulos. Un palacio por su 40 cumpleaños o un millón de marcos anuales fueron algunos de los favores que cobró de Hitler. Breker mientras tanto labraba cuerpos monumentales, modelo de cuerpos griegos e ideal ario, para deleite de su mecenas.

Ningún museo público se había atrevido a exponer las obras del niño bonito del Führer, ni siquiera de sus etapas pre y posnazis. Resulta un tanto sospechoso que precisamente un museo de tercera fila, en el fin del mundo, haya roto el tabú.

Sean movidos por el morbo o por curiosidad, lo cierto es que las más de 70 obras expuestas en este pintoresco y provinciano museo, de todas las etapas del artista amigo de Picasso o Dalí, atraen desde finales de julio a más de 400 visitantes diarios y a no pocos periodistas.

Asegura Rudolf Conrades, el comisario de la muestra, que fue precisamente la curiosidad la que le llevó a enfrentarse a la obra de Breker, 15 años después de su muerte. Admite ser todo menos un experto en escultura o en el Tercer Reich, «pero me pregunté por qué alguien que yo había estudiado como un escultor maldito mantuvo una amistad durante más de cuarenta años con Jean Cocteau», explica a este diario entre las obras que consiguió arrancar a la celosa viuda Charlotte.

«Tenía mucho miedo de que dejara mal a su marido, y le dije desde un principio

que sería una muestra crítica», relata. El mismo Nobel de Literatura Günter Grass defendió recientemente la retrospectiva del artista conocido por sus esculturas de cuerpos fibrosos, perfectamente musculados.

«Bre-ker tenía talento, pero se dejó corromper por los nazis, como Gottfried Benn, Wilhelm Furtwängler o Martin Heidegger», apuntó Grass, para quien esta muestra podría contribuir a enfrentarse a la trayectoria del autor, a preguntarse cómo artistas e intelectuales con talento acabaron sirviendo a los designios de aquel régimen dictatorial. Junto con Albert Speer, Breker fue llamado a concebir la capital de Alemania, fruto de los delirios de grandeza del dictador nazi.

¿Por qué será que Conrades no se cansa de repetir que «en el fondo» no le fascina este escultor? Ante la estatua de Der Wager (El atrevido), una suerte de Adonis de dos metros en bronce, que decoraba la Cancillería del Tercer Reich, espetó: «¿Le gusta esto? Podría ser el camarero de un chiringuito gay. Los retratos más sensibles los hizo para sus amigos, los más kitsch para sus mecenas».

Con todo, considera llegado el momento de sacar a la luz la obra más polémica del escultor, que preside con dos estatuas el Estadio Olímpico de Berlín. «Ocultarlo implica una actitud paternalista, como si los alemanes fueran imbéciles y no pudieran enfrentarse a su historia».

Entre los relieves neoclásicos que preparó para el Arco del Triunfo hitleriano, en la parte superior de esta vasta exposición, concluye: «¿Cree usted que después de ver sus obras uno sale de esta muestra con el brazo en alto y gritando 'Heil Hitler'? No, hoy en día los neonazis tienen otras fuentes de inspiración».

No obstante, la polémica no se podía hacer esperar, aunque se tratara del «escultor más importante del siglo XX», como dijo Dalí. «No hay que darle tribuna en un museo financiado con fondos públicos. Breker fue más que un protegido de Hitler, se aprovechó del Tercer Reich», dice Klaus Staeck, presidente de la Academia de las Artes de Berlín. Lo seguro es que, hasta que cierre sus puertas en octubre, la muestra tiene el público garantizado.

La imposible amistad entre Breker y Cocteau

«Todo la gente a la que quiero detesta el arte de Breker», explicaba un desesperado Jean Cocteau cuando el gobierno de Vichy le invitaba en 1942 a pronunciar un discurso en la inauguración de la muestra del escultor en la Orangerie parisina. Su amistad data de los tiempos en que Breker vivió en París, cuando todavía no había sido descubierto por Hitler. Entre 1927 y 1933 vive Breker en la capital francesa, donde se empapa de Auguste Rodin y traba amistad con Jean Cocteau, Man Ray, Aristide Maillol y Alberto Giacometti. Pervivió la amistad con el literato durante 40 años, en parte debido a que Breker salvó a su amante, el actor Jean Marais, de ser llevado a un campo de concentración. De ahí la indulgencia hacia su amigo, cuando después de 1945 se convirtió en maldito. «Me echarán en cara que soy su amigo. Es cierto. Sirvió a Hitler sin condiciones, pero al mismo tiempo salvó a gente de la muerte segura». Años después, en 1942, el artista galo sacaría sus propias conclusiones sobre lo que calificó el «drama de Breker», y es que «encontró la felicidad demasiado rápido, fue ésa su infelicidad».